

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



30 de febrero de 1889



Núm. 70



FRATERNIDAD

Ayuntamiento de Madrid





## UN RATO DE CHARLA



o porque estemos en Carnaval (¡buen caso hago yo de esa necesidad!), sino porque realmente ha sido cosa de estos días, vamos á hablar hoy de disfraces.

Y no me refiero precisamente á los que puedan lucir los niños en los próximos bailes de máscaras infantiles (¡¡¡qué horror!!!), sino á lo que está sucediendo en París.

Sabed, pues, que allí, en pleno siglo XIX, en vísperas de su cacareada, trompeteada y reclamada *Exposition Universelle*, han dado los estudiantes en la flor de disfrazarse, calándose una boina de terciopelo.

Yo no dudo que estarán muy bonitos, porque, en realidad, la boina favorece mucho; pero tampoco dudo que estarán más ridículos aún.

Y en efecto: ¿á quién demonios se le ocurre en estos tiempos distinguirse por la tapadera? Yo comprendo que un estudiante desee diferenciarse en algo de los que no tienen la inmensa dicha de serlo; pero jamás apelaría para eso á una boina, sino á mi manera de portarme, á mis actos, á mi educación.

¿Va, acaso, una persona decente vestida de diverso modo que un tahir? Y, sin embargo, cualquiera comprende al momento si se las ha con un tahir ó con una persona decente.

Eso de cifrar la calidad de estudiante en la hechura del adminículo con que nos cubrimos la cabeza es mezquino, cursi, archicursi.

Y, después de todo, ¡vaya un descubrimiento! ¡Una boina! ¡La prenda más igualitaria, más plebeya, más democrática, cuando yo creo que los hombres de ciencia, caso de querer apelar á un símbolo sombreril, deberían optar por escoger un interminable sombrero de copa alta, puntiagudo, como el de los nigrománticos, que llegase, á ser posible, hasta las estrellas!

¡La boina emblema de la Ciencia, del Arte y de las Letras! Pero, hombre, ¡quite V. allá! ¿Eso es universitario? ¿Eso es escolástico? ¿Eso es *savant*? ¡Una boina! Un gorro excelente para hacer la guerra, para acostarse en campo raso, para trabajar en el campo.

Mal pensamiento han tenido, á mi humilde entender, los *escholiers* de





Los vientos de marzo

París; doblemente malo: 1.º, por la tentativa de querer diferenciarse de los demás; y 2.º, por la forma del tocado elegido.

En nuestra época un estudiante no debe entretenerse en tales frusle-



rias. Lo que importa es estudiar, ya sea cubriéndose con una gorra, con un hongo, con una chistera ó con un ros, si no hay otro remedio.

Los estudiantes deben comprender que el *desideratum* de la humanidad es que dejen de constituir una clase para constituir un todo. El día que no haya universidades, colegios, institutos, escuelas, etc., etc., y sea el mundo entero una universidad y la humanidad entera un conjunto de estudiantes, será el más feliz de la tierra.

¡Pues qué! ¿Sólo son estudiantes los que están matriculados en los institutos, facultades y escuelas especiales? Y los que estudian por sí y para sí, sin necesidad de catedráticos, y los que estudian cosas que no podrían enseñarles en los establecimientos dependientes del ministerio de Fomento, ¿no son estudiantes?

Hay que desengañarse: es imposible, en nuestros días, pretender monopolizar el título de estudiante. Todos lo somos más ó menos, aunque nos engalanemos con ridículos letreros de *doctores*. M. Chevreul, aquel inmenso sabio, se titula modestamente el primer estudiante de Francia. Y ¡estaría bueno que por ende se viese obligado á salir de casa calándose una boina!

La tendencia de los tiempos es la supresión de la enseñanza oficial y del enquistamiento escolar. Aprenda cada uno donde y mejor pueda, sin necesidad de hacérselo saber al público, hasta que llegue el día de probar si sabe ó si es un borrico.

De todas maneras la cosa resulta, á mi ver, ridícula, como lo fué aquella tentativa de sustituir el sombrero de copa por el hongo. (Y conste que yo apenas uso nunca la chistera.)

Dejemos á la *hig-life* cometer los más espantosos disparates. Dejemos á los sietemesinos *lucir* frac encarnado (copiado de los ingleses, que lo usan cuando van de caza á los bosques, por ser *el rojo* complementario *del verde*) en las reuniones de etiqueta, á condición de insultar la estética y el sentido común, y no queramos acabar de comprometer la decadente fama del mundo estudiantil convirtiéndonos en *tipos* de boina.

Al estudiante se le debe conocer por lo que hace y lo que dice y lo que piensa, no por lo que se encasqueta exteriormente en la mollera.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





## ORIGEN DEL CARNAVAL

Es evidente que su abolengo se remonta á los tiempos del paganismo. Desde la más remota antigüedad, en una época determinada del año, los hombres han acostumbrado disfrazarse, ya con el traje de otro sexo ó de distinta época, ya remedando la figura de algún animal; entregándose, al amparo de su disfraz, á las más exageradas y ruidosas expansiones, contra cuya costumbre amonestó severamente á sus diocesanos San Paciano, obispo de Barcelona.

Todos los pueblos han celebrado, pues, las Carnestolendas con diversiones más ó menos chavacanas, no habiendo sido los españoles los que menos culto les han rendido, ya que tanto en el período romano como en el godo y en el árabe no fueron ajenas á sus expansiones.

Continuaron éstas, y sin duda con mayor exageración, en tiempos de Carlos I, habiéndose visto precisado este monarca á prohibir su celebración, según se desprende de una orden publicada en Valladolid, en 1523, entonces residencia de la corte. Sin embargo, es de presumir que el real mandato no se observaría con gran escrupulosidad, según se echa de ver en el teatro de Calderón, Moreto y otras lumbreras dramáticas, en algunas de cuyas producciones se reproducen deliciosamente los lances del Carnaval de aquella época.

Cada provincia se distinguía por el carácter especial de sus diversiones, costumbre que, aunque en acentuada decadencia, se ha perpetuado hasta nuestros días.

Uno de los carnavales más célebres, y que por su extraordinaria faustuosidad recuerda la historia, fué el celebrado, durante el reinado de Felipe IV, en obsequio á su cuñado el rey de Hungría, elegido á la sazón rey de los romanos.

Felipe V no opinó como su antecesor, y, lejos de fomentar la diversión de que venimos hablando, con fecha del 26 de enero de 1716 prohibió los bailes de máscaras bajo percibimiento de crecidas penas al contraventor; disposición que reprodujo algunos años después.

Menos intransigente Carlos III, no tan solamente toleró las expansiones propias del Carnaval, sino que autorizó por vez primera la celebración de bailes de máscara en los teatros, costumbre que se ha perpetuado hasta nuestros días.

El Carnaval, que por lo regular dura tres días entre nosotros, se prolongaba en algunos pueblos semanas enteras. En Venecia principiaba el día de Reyes y acababa el miércoles de Ceniza. Hoy ha decaído mucho este famoso carnaval; tanto, que ni tan siquiera es un recuerdo: ha pasado á la categoría de frase.

### DONDE LAS DAN, LAS TOMAN

CUENTO MORAL



1.—Roberto iba por leche á la lechería



Actualmente, en pleno período de decadencia, puede considerarse como borrada de las costumbres modernas la de entregarse á públicas expansiones. Todo se reduce á bailes de niños y grandes, en teatros ó salones particulares, y á esos curiosos *asaltos* llevados á cabo á son de bombo y platillo y con previo consentimiento de los *asaltados*. Hay más gusto en los trajes, se resucitan épocas con más ó menos fidelidad, las fiestas revisten más aparatosa ostentación, resultando, por consiguiente, más faustuosas; pero cuanto más se las moderniza, más palpable resulta su decadencia.

Tan sólo el carnaval de Niza es hoy digno de llamar la atención, no por los trajes, que éstos consisten sólo en un *dominó*, sino por el imponderable lujo con que aparecen adornados los carruajes y enjaezados los caballos, por la brillante sociedad que atrae, por su animadísima batalla de flores, y por la fiesta de casino, superior á toda ponderación.

Cuando la Exposición Universal de Barcelona, en el programa de fiestas se hablaba de una *batalla de flores*, y, con efecto, todavía la estamos esperando: ya la veremos quizá cuando se celebre otra Exposición. Y la omisión fué doblemente sensible, ya que entre nosotros una fiesta como la indicada hubiera constituido una verdadera novedad.

Para terminar os diré que la presente época del año pasa completamente desapercibida en las grandes capitales, como pasan desapercibidas otras fiestas más dignas de ser recordadas y que la tradición conserva en provincias y poblaciones insignificantes, lo que en parte se

comprende, porque se vive allí tan de prisa que la existencia más larga se cuenta por días, por horas ó por minutos, no por épocas y fechas y recuerdos, como solemos por aquí.

BENJAMÍN



2.—Y de paso, como se encontrara con una cabra, creyóse en el deber de *torearla*

## EL DUENDE

**T**ENGO yo un sobrinito de seis años, coloradote como una amapola y travieso como una ardilla, al cual, con mil estupendas narraciones de brujas, duendes y aparecidos, metieron el miedo en el cuerpo las nodrizas y comadres.

La otra noche, sentados al amor de la lumbre, junto al anchuroso hogar, mientras el viento mugía como un buey del otro mundo y la lluvia azotaba



los cristales de la ventana por donde la cocina recibe luz del patio, dando diente con diente, me dijo Venturita:

—¿Es cierto que existen duendes, tío?

—¡Ya lo creo!

—¿Los has visto tú?

—Uno se me apareció hace tiempo, por la noche, de doce á una...

—¡Ay, qué miedo!

—Si te asustas, no lo cuento.

—Pero, tío, ¡si es que me gusta asustarme!

—Pues escucha.

El niño aproximó su silla á la mía, aguzó el oído y miróme fijamente. Yo cogí una astilla de la lumbre, encendí un tabaco, y, chupa que te chupa, empecé á contar.

—Hace mucho tiempo, cuando el Tívoli no estaba donde hoy está, sino más arriba y al otro lado del paseo de Gracia, junto á la esquina de la calle de Aragón, donde hoy se levantan unas casas muy grandes y muy hermosas, que rentan mucho dinero...

—Pero, tío, ¿qué nos importan á nosotros esas casas? Yo quiero el cuento del duende.

—No te impacientes, todo llegará. Pues, como iba diciendo, había en el antiguo Tívoli unos jardines verdes y frondosos, debajo de cuyos árboles estaba, aquella noche, mucha gente viendo la función. Confundidos entre los espectadores y ocupando sendas sillas, formábamos varios amigos animado corro. Y como la obra puesta en escena resultase algo fantástica, durante un entreacto nos echamos á discurrir sobre la existencia de los fantasmas.

Aquí Venturita me miró sin pestañear y un ligero estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Por mi parte, proseguí en estos términos:

—Yo,—decía uno de los amigos,—no creo en duendes ni en fantasmas.

—Pues habías de creer,—replicó otro,—si se te hubiesen aparecido como á mí.

Y á renglón seguido nos refirió una historia que, á ser cierta y á estar nosotros en lugar menos alegre, nos habría erizado los cabellos.

—¿No la recuerdas, tío?

—Como hace tanto tiempo que la oí, se me ha olvidado; pero no importa, recuerdo perfectamente lo que aquella misma noche me ocurrió...

—Sigue, sigue.

—Pues... mis amigos no se ponían de acuerdo sobre la verdad ó la mentira de los duendes. Yo les oía sonriendo, con aire incrédulo, sin meter baza en la conversación, hasta que al fin, terminado el espectáculo, salimos todos al paseo de Gracia. Hablando y fumando, llegamos á la plaza de Cataluña; seguimos Rambla abajo hasta la calle de Fernando, frente á la cual nos despedimos, yéndose por su lado cada cual.

—¿Y nada más?

—Espera un poco. Al despedirse dijo uno:



3.—Después de lo cual, muy modestamente, fuese á por la leche, sin reparar que el toro estaba acechándole con implacable encono.



—Éste... ¡maldito si cree en fantasmas!

Yo me encogí de hombros, dejándole decir, y él replicó:

—Pues esta misma noche vas á dar fe de que existen, porque se te aparecerán.

—Vaya, vaya, no tengo gana de bromas,—contesté, tendiéndole la mano.

Pocos instantes después caminaba solo, murmurando maquinalmente los populares versos de Zorrilla:

¡Alzaos, fantasmas vanos,  
que os volveré con mis manos  
á vuestros lechos de piedra!

Entré en la plaza Real por el pasaje de Colón, me detuve un momento á saludar á un condiscípulo á la puerta del Suizo, tomé la calle de Zurbano hasta salir á la de Escudillers, y de allí al pasaje del mismo nombre, donde á la sazón vivíamos.

—Me parece recordar eso, tío.

—¿El qué?

—Haber vivido donde V. dice.

—¡Quiá, hombre! ¡Si no habías nacido aún, ni te esperábamos siquiera!

—Siga, siga el cuento.

—Sucedió, pues, que vivíamos en el pasaje de Escudillers, en un cuarto segundo, frente á la imprenta de Ramírez. Como estábamos en la canícula, y el calor era sofocante, y la atmósfera, por lo húmeda y cálida, tenía toda la traza de un baño ruso, la



4.—Y, en efecto, cuando más embebido estaba en la contemplación del dulce líquido, viene el toro, arremete con él, le larga un achuchón terrible en cierta parte... y ya ven Vds. el lastimoso fin del jarro de leche y de los pantalones de Roberto.

familia había salido al campo, á veranear, y no quedaba en casa más que yo, sin otra compañía que la de una vieja criada, á cuyo cargo corrían la limpieza y demás faenas domésticas.

—¿Y no tenías miedo á los ladrones?

—No, porque el pasaje estaba muy bien guardado: había dos verjas, una en cada extremo, que á las diez de la noche se cerraban, y un vigilante que no abría sino á los vecinos y á los operarios de la imprenta, á quienes conocía uno por uno. Volviendo á mi historia, yo entonces comía en los *restaurants* ó en los cafés, donde me entraba el apetito, y dormía en casa, en una habitación interior, contigua al recibimiento y con ventana grande al patio. La habitación era de regular capacidad, casi cuadrada, con estuco en las paredes y sin más muebles que los necesarios, es decir, la cama, la mesita de noche, el lavabo, un armario de espejo, una percha y algunas sillas.

—¿Y fué allí donde se le apareció el duende?

—Ahora verás. A lo largo del testero fronterizo á la ventana, apoyada la



cabecera en la pared perpendicular á la misma, se extendía la cama; en uno de los rincones opuestos, entre la ventana y la puerta que conducía al recibimiento, sin duda por las prisas del viaje, habían dejado amontonados varios trastos y juguetes, entre los cuales recuerdo perfectamente una silla coja, un velocipedo descompuesto, dos muñecas de tus primas, una pelota de goma, tres aros, una hamaca, un baúl viejo y no sé cuantas cosas más, todo lo cual, en informe y abigarrado montón, servía allí de estorbo.



El sueño de las niñas

—No tanto, querido tío, porque, en cuanto á la pelota y uno de los aros, todavía juego yo con ellos.

—¡Tontín, si eso te lo compré yo más tarde!... Pero déjame continuar: no me interrumpas.

—Venga, venga el cuento.

—Ya te he dicho que no es cuento, sino sucedido, puesto que me sucedió á mí, y de ello doy fe.

—Bueno, lo mismo da: yo llamo cuento á todo lo que me cuentan. Volvamos á nuestros juguetes.

—Al llegar á casa, donde entré con auxilio de la llave que siempre llevaba al efecto, la criada dormía profundamente en su chiribitil, y reinaba en torno un silencio sepulcral. Al introducirme en mi cuarto, viéndola abierta, lo primero que hice fué cerrar la ventana. Después encendí la bujía, que estaba



en una palmatoria, sobre la mesa de noche, y entorné la puerta que al recibimiento conducía.

—Tío, ¡cuánto tarda el duende!

—¿Qué tiempo necesitas tú para ir, andando, de aquí á Gracia?

—Lo menos media hora... ¡oh, sí! y me canso mucho.

—Pues el duende ha de venir del otro mundo... Conque, figúrate tú si tardará... Pero ya le tenemos encima: escucha.

—Soy todo oídos.

—A los cinco minutos de haber encendido la bujía, ya estaba yo acostado. Pero, en vez de dormirme, abrí un libro y me puse á leer en la cama, según tengo por costumbre há largos años. Ignoro el tiempo que llevaría leyendo, cuando, en medio de aquel silencio sepulcral, me obligó á levantar bruscamente la cabeza una especie de crujido que acababa de sonar, claro y distinto, en mi misma habitación. Miré en torno y nada vi. En el mismo instante



El mono de Manolito

un reloj de pared, que estaba en el recibimiento, dió la una. «—Habrà sido el reloj,» dije para mí, recordando que en muchos de esos artefactos precede á la campanada ó campanadas un crujido semejante al de algo que se rompe. Esta reflexión bastó á devolverme la calma, y continué la lectura. Al poco rato de seguir leyendo, un segundo crujido, más fuerte y más sonoro que el primero, vino de nuevo á distraerme. «—No, pues esta vez no es el reloj,» volví á decir. Comencé á devanarme los sesos acerca de lo que aquello ser pudiese, y no me dejó concluir un tercer crujido, más ruidoso aún que los anteriores. Entonces, sin querer, se me vino á la memoria la conversación sostenida dos horas antes en el Tívoli sobre los fantasmas; recordé las caprichosas palabras de mi amigo, al despedirme:—*Esta misma noche vas á dar fe de que existen, porque se te aparecerán,* y un

vago temor embargó mi espíritu, y un estremecimiento recorrió todos mis miembros.

Al llegar á este punto de mi relato, Venturita pegó su tembloroso cuerpo al mío, balbuciendo:

—¿Y no diste voces?

—No: solté el libro, que maquinalmente conservaba en la mano, me tiré de la cama al suelo, cogí en la siniestra la palmatoria, en la diestra el bastón, que era pesado y grueso, y me puse á registrar la habitación. Debajo de la cama no había nada, el cielo raso estaba desnudo, de las paredes pendían sólo algunos cuadros de escaso mérito; las sillas, el lavabo, todo se hallaba en su sitio y sin novedad alguna. Hurgué repetidas veces con el palo el montón de trastos y juguetes, donde me pareciera que sonaran los crujidos, y... ¡nada!... no di con el objeto de mi inquietud. «—¡Bah! Alucinaciones, tonterías,» pensé, volviéndome á acostar, ya repuesto de la alarma. Proseguí, en resumidas cuentas, mi lectura; y como ésta me interesase vivamente, acabé por olvidar-me de cuanto me rodeaba y hasta de mí mismo. De repente, cuando más



abstraído me hallaba con el libro, sonó hacia el montón de trastos un ruido seco, semejante al de huesos rotos ó revueltos, el cual no pudo menos de sobresaltarme. Levanté instintivamente la cabeza, y, en el mismo instante, sin darme tiempo para reflexionar ni defenderme, un bulto negro, un aborto de la noche, cayó sobre la cama, y sentí un golpe brusco, fuerte, en el libro que estaba leyendo, cuyo libro, violentamente arrebatado de mis manos, fué á chocar, abierto aún, contra las losas del pavimento. Confieso que, ante tan inesperado ataque, inundó mi rostro un sudor frío y se me erizaron los cabellos. Pero... Venturita, hijo mío, ¿qué te pasa?

El pobre niño, pálido como la cera, me estrechaba en abrazo convulsivo y temblaba como un azogado.

—Tengo miedo...—balbuceó, castañeteándole los dientes.

—Pues mira, hijo: no te asustes, porque aquella noche, repuesto yo del instintivo sobresalto, por segunda vez me arrojé de la cama, decidido á defenderme contra el duende, y entonces pude ver que éste era un murciélago, tan grande...

—¡Un murciélago!

—Sí, enorme.

—¿De suerte que no hay duendes?

—No, no hay más que murciélagos, ó cosa así.

—¡Qué lástima! —dijo el niño, un si es no es pesaroso y recobrando su sangre fría.

—Te advierto, Venturita, que el murciélago, pese á su diabólica facha, es un mamífero completamente inofensivo, y muy útil á la agricultura, pues se alimenta de insectos nocivos á las plantas. En cuanto á mi duende, ó mi murciélago, como tú quieras llamarle, se conoce que aquella noche, al encontrar abierta la ventana, se coló en la habitación sin saber lo que se hacía; fué á dar en el montón de trastos y juguetes, algunos de los cuales, cayéndole encima, lo aprisionaron hasta que, atraído por mi luz, tras repetidos esfuerzos, logró evadirse de su cárcel, y al perseguir, atontado, la llama de la bujía, tropezó con mi libro.

—De todas maneras,—dijo riendo el niño,—no era agradable, ni natural, semejante huésped: ¿qué hiciste, pues, con él?

—Muy sencillo: apagué la bujía, abrí la ventana, y el murciélago, atraído entonces por la luz de las estrellas, se fué con viento fresco. Volví á cerrar y... aquí da fin la historia del duende, porque, cinco minutos después, dormía ya como un lirón.

Venturita, por todo comentario, soltó una estrepitosa carrajada. Y desde



El mono de Manolito



entonces, si alguien comienza á endosarle alguna estupenda narración de brujas, duendes ó aparecidos, le interrumpe en estos términos:

—No me vengas con pamplinas: vete, vete á contárselo á mi tío, y él te dirá que su duende era un murciélago.

JUAN TOMÁS SALVANY



## LA PLUMA Y EL PENSAMIENTO

Cubierto de galas bellas  
iba raudo el pensamiento  
sobre las alas del viento  
á tocar con las estrellas.

Y con velocidad suma,  
por su corriente impelida,  
á su remolino asida  
revoloteaba una pluma.

Veloz él y ella ligera,  
hablaron con ardimiento,  
y atrevido el pensamiento  
se expresó de esta manera:

—Al par que el mío, tu vuelo  
levantas hasta las nubes,  
y, libre como yo, subes  
á las regiones del cielo.

Por misterio ó por instintos,  
hay secreta conexión

en nuestres seres, que son  
uno del otro distintos.

Bien como yo volar sabes  
por la azul inmensidad.—  
—¡Es tanta mi libertad  
que Dios me puso en las aves!—

Siguió ella de él en pos,  
y cuentan que en el vacío  
se amaron en su albedrío  
porque eran libres los dos.

Los astros del firmamento  
les prestaron su luz suma;  
y es, desde entonces, la pluma,  
trasunto del pensamiento.

JOSÉ TABARES Y SARTLETT

Tenerife, 1888.



## NUESTROS GRABADOS



El escarabajo de fuego

### FRATERNIDAD

Bien puede decirse que la fidelísima perra les quiere á esos niños como si fueran hijos suyos, pues sin reparo alguno les deja que toquen y acaricien á sus cachorros. Ese espectáculo es altamente consolador, pues demuestra, cuando menos, que aun no se ha perdido del todo la buena fe y la confianza... entre niños y perros.

### LOS VIENTOS DE MARZO

Para la pobre Isabel son demasiado fuertes los vientos de marzo. La violenta corriente aérea agita sus ropas, hace ondular en todos sentidos su blonda cabellera, y obligala á sujetar con ambas manos su sombrero. A duras penas avanza por el prado luchando contra la corriente, y casi tiene miedo; pero su perrito la reanima con sus ladridos, irritado también contra el viento, que dobla las ramas de los árboles, arrollándolo todo á su paso.

### EL SUEÑO DE LAS NIÑAS

—Contemplando estoy á Tula y Paquita, que duermen tranquilas y sosegadas, aunque de vez en cuando pronuncian palabras incoherentes. Sin duda piensan en sus muñecas, las cuales colocan siempre á su lado, y sueñan con sus juguetes. Con frecuencia me inclino sobre ellas para oír si respiran, pues su pesado sueño se asemeja al que llamamos de la muerte; pero el calor de sus manos y el leve movimiento de su seno me revelan la vida de los seres que adoro.

### EL MONO DE MANOLITO

A fuerza de instancias y súplicas la madre de Manuel había consentido en dar á su hijo dinero para que comprase un mono; pero la buena señora no sabía qué malignos y diversos son estos animales. Se le puso por nombre *Titi*, y durante los primeros días hizo reír mucho á todos con sus gracias, sus saltos y piruetas, sobre todo cuando Manuel le ponía una especie de chaqueta, cubriéndole la cabeza con un gorro adornado de plumas, en



cuyo caso su extravagante aspecto bastaba por sí solo para excitar la hilaridad de cuantos le observaban.

Todo fué bien hasta cierto día en que la madre de Manolito hubo de salir y dejó en casa solo al mono. Apenas se vió el animal libre, comenzó á revolver toda la casa: fué á la cocina, hizo un destrozo, arrojando al suelo platos, botellas y vasos, y no dejó títere con cabeza.

La madre de Manolito puso el grito en el cielo, cuando volvió á casa, al ver las fechorías del animal, y, aunque muy enojada, perdonóle esta travesura; pero cometió después tantas por el estilo, que llegó á ser insufrible, y, bien á pesar de Manuel, fué preciso vender el mono para evitar mayores daños.

### EL ESCARABAJO DE FUEGO

Sin duda habéis visto, hijos míos, lo que llaman *la mosca de fuego*, que se encuentra muchas veces en los prados y parajes húmedos durante las noches de estío. La hembra esa una especie de gusano á que se da el nombre de *gusano de luz*, y ésta es más intensa que la del macho, que es el insecto que vuela por los aires. Pues bien: habéis de saber que en la India hay una especie de escarabajo, conocido de los naturalistas con el nombre de *elaterio*, cuyo nombre significa que brilla de noche.

Cuando yo vi este insecto por primera vez, hallábame en la India, y varios indígenas me condujeron á un sitio donde abundaban estos escarabajos. Parecían otras tantas pequeñas estrellas, y un muchacho cogió más de veinte y condujólos á mi cabaña, donde daban bastante luz para ver claramente todos los objetos. Poniendo dos ó tres en una botella, podía leer perfectamente á su luz.

Los indígenas pobres se sirven de esos insectos, que hacen las veces de bujías, para iluminar sus chozas. Los escarabajos de luz viven pocos meses en el verano, y después mueren.

En Cuba algunas señoras los usan en vez de joyas. Enciérranlos en una bolsita de muselina, la cual sujetan en el vestido. Brillan como diamantes y no cuestan nada.

Algunas moscas de fuego tienen sus focos luminosos en la parte inferior del cuerpo, y otras debajo de las alas; pero en el escarabajo de que os hablo se hallan á los lados del insecto, cómo los faroles de un coche; de modo que aquél puede ver muy bien por dónde va.

No sé cómo se produce esa luz, pero sí que ésta atrae á esos insectos uno á otro, por lo cual la mosca de fuego encuentra fácilmente á su macho en los aires, y el gusano de luz á su compañero en la hierba. Se alimentan generalmente del jugo de la caña de azúcar.

### LAS RANAS

Las ranas celebraron un banquete en un pantano de su preferencia, rodeado de cañas y de musgo, produciendo el más ruidoso estrépito. También tomaron parte los repugnantes sapos, y el festín duró hasta la noche, durante la cual dieron un concierto que aturdió á cuantos pasaban por el sitio. A la mañana siguiente nadie hubiera podido ver una sola rana, ni un sapo, ni un renacuajo, ni menos sospechar que existía allí ninguno.<sup>1</sup>







## LOS GUANTES DE LIMERICK

NÓVELA INGLESA

**G**RASE un domingo por la mañana, un hermoso día de otoño. Las campanas de la catedral de Hereford repicaban á vuelo, y la multitud, en traje de fiesta, dirigíase á la iglesia.

—¡Esposa! ¡Esposa!... ¡Febea! ¡Febea! Os digo que es la campana de la catedral. ¡Cómo! ¿Todavía no estáis listas una ni otra para ir á los oficios, y yo, yo soy el presidente de la Obra?—exclamó el Sr. Hill, curtidor de profesión y obrero de su parroquia, que aguardaba al pie de la escalera.

—Héme ahí, papá,—respondió Febea.

Y bajó una joven, de mirada tan pura, de tez tan fresca, de boca tan sonriente, que la frente gruñona de su padre se desarrugó, y sólo pudo decirle, mientras ella se calzaba un par de guantes nuevos:

—Hija mía, no hubieras debido esperar hasta este momento para ponerte los guantes.

—¡Hasta este momento!—replicó la Sra. Hill, que bajaba la escalera, toda emperejilada.—¡Hasta este momento! Ya haría mejor, os aseguro, en no ponerse esos guantes, sobre todo para ir á la catedral.

—Sin embargo, son unos hermosos guantes,—replicó el Sr. Hill.—Pero no se trata de eso ahora. Lo mejor es que vayamos lo más aprisa posible á ocupar nuestro banco, á fin de dar ejemplo, como conviene. Nada tenemos que hacer aquí hablando de guantes y bagatelas.

Y con eso ofreció un brazo á su mujer y otro á su hija, y quiso ponerse en camino para la catedral. Pero Febea andaba demasiado ocupada con sus guantes nuevos, y su madre se sentía asaz contrariada, al vérselos, para responder al cortés apresuramiento del Sr. Hill.

—Parece que yo no digo nada que tenga sentido común, Sr. Hill; pero, entendedlo bien, veo tan claro como los demás. ¿No soy yo acaso la primera que os di la idea de lo que se había hecho del Terranova que perdimos el invierno pasado en el patio de la tenería? ¿No soy yo la primera que os ha avisado á vos, Sr. Hill, por más presidente que seáis de la Obra, del agujero que existe bajo los cimientos de la catedral? ¿Es verdad esto, os pregunto, Sr. Hill?

—Pero, cara esposa, ¿qué tiene que ver todo eso con los guantes de Febea?

—Entonces, ¿estáis ciego, Sr. Hill? ¿No veis que son guantes de Limerick?

—Y ¿qué importa que lo sean?—dijo el Sr. Hill con toda calma, esforzándose en conservar aún su sangre fría, como tenía costumbre de hacer durante el más largo tiempo posible cuando veía de malhumor á su mujer.



—¿Qué importa que lo sean, Sr. Hill? Pues ¿no sabéis acaso que Limerick está en Irlanda?

—Dispensadme, mi querida amiga; pero ya sabía eso.

—Conque ¿sí? Pues en este caso no dudo que veréis con el mayor gusto que el mejor día vuele hecha añicos nuestra catedral y que vuestra hija se case con el autor de la hazaña... ¡Y sois presidente de la Obra, Sr. Hill!

—No lo quiera Dios,—exclamó este último. Y se detuvo para arreglarse el peluquín, después de lo cual repuso:—Pero, señora, la catedral no ha sido



Las ranas

volada aún, y nuestra Febea no se halla en vísperas de casarse, á lo que creo.

—No; pero ¿qué tiene que ver eso? «Hombre prevenido vale por dos,» os decía yo antes de la pérdida de nuestro perro. No quisisteis creerme, y ya veis lo que sucedió. Pues bien: lo mismo, mismito, pasará ahora, Sr. Hill. Ya lo veréis.

—Pero ¿qué enredos son esos? ¿Os habéis propuesto marearme ó sacarme de mis casillas, señora?—dijo el obrero, arreglándose de nuevo el peluquín. —Habláis de una manera enigmática: no entiendo jota de lo que estáis hablando hace ya media hora. Acabemos: ¿qué tiene que ver todo eso con los guantes de Febea?

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramon Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.